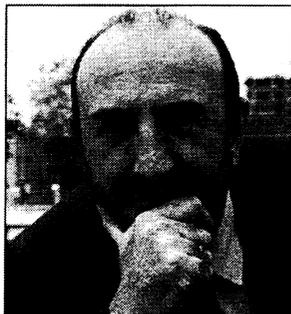




editorial

por Francisco Martotell



El difícil arte de renunciar

La diputada Karla Rubilar, joven y progresista legisladora de RN, elegida por sus pares en la Cámara para presidir la comisión de Derechos Humanos, finalmente no estuvo a la altura de las expectativas que fue creando desde que fue electa hace más de tres años.

Es verdad que si uno pone en la balanza sus declaraciones a favor de la causa de la libertad, la democracia y la justicia, así como la importancia de la verdad en lo ocurrido entre 1973 y 1990, ellas superan con creces su error final, no es menos cierto que sus denuncias, el origen de la información y la forma en que la manifestó, no podían ser pasadas por alto.

Rubilar, víctima o no de una operación de Inteligencia, fue ingenua políticamente y poco responsable en el ejercicio de su cargo. Nada la obligaba a ella, ni siquiera su calidad de presidenta de la comisión de DDHH de la Cámara, a generar más confusión en un problema que, lo hemos dichos hasta la saciedad, no debe utilizarse políticamente y tiene que ser tratado con el respeto y la seriedad que implica el hecho de que aquí está en juego el dolor de miles de familias chilenas que han sufrido, desde la desaparición o muerte de sus seres queridos, situaciones indescriptibles, como la humillación y la violencia física.

Hoy, cuando sabemos que fue destituida por ocho parlamentarios, nos queda el sabor amargo de que, una vez más, se obvió la salida de la renuncia, sabia decisión cuando se comete un error en un puesto público y única respuesta con la que se puede asumir la responsabilidad política.

Rubilar debió renunciar. No lo hizo y ahondó su error, perjudicando a su sector que, simplemente, perdió la oportunidad histórica de comenzar a mirar de frente el tema de los DDHH.

Para el balance, desgraciadamente para el país y para los miopes, quedará su ingreso a La Moneda con tres nombres de supuestos detenidos y ejecutados políticos, que si lo eran y sus familias así lo sufrían desde hace años. Ella no debió llamar a conferencia de prensa para decir que ha-

bía más casos y tampoco, con gran despliegue mediático, presentarse ante el ministro Vidal. Hay formas, cuando se quieren tratar seriamente los temas, de velar por el cumplimiento de las leyes sin la exposición pública. Hoy dice que su error fue confiar en La Moneda. No es así, para unos y otros, cuando se instrumentaliza el problema de los DDHH, los que pierden son las futuras generaciones.

“Chile, para crecer en armonía y ser un país más justo, debe solucionar el tema de las violaciones a los derechos humanos ocurridas en el siglo pasado para preocuparse de las que se producen en el XXI”

Chile, para crecer en armonía y ser un país más justo, debe solucionar el tema de las violaciones a los derechos humanos ocurridas en el siglo pasado para preocuparse de las que se producen en el XXI. Ello requiere del concurso de todos los sectores y, para ello, es fundamental que sea un tema de principios, sin color político, que sólo podrá construirse sobre la base de la confianza.

El hecho de que Rubilar presidiera la comisión de DDHH de la Cámara de Diputados, más allá de los acuerdos que posibilitaron esa situación, era una muestra palpable que hay una nueva generación en la Alianza por Chile que está dispuesta a asumir los horrores del pasado y bregar por justicia y verdad.

Su salida abrupta, así como su error inexcusable desde el punto de vista político, no puede significar un retroceso en la materia. Al contrario, aquellos que han hecho de su vida la lucha en defensa de los Derechos Humanos, deben tener la

grandeza que otros no mostraron -en décadas pasadas- para acoger a los parlamentarios de oposición que efectivamente creen en el respeto a la dignidad del Hombre.

Rubilar, más allá del error y su imprudencia, era una voz nueva y fresca en su sector, que la levantaba contra sus propios dirigentes. Compararla hoy, con los torturadores de ayer, sólo beneficia a los primeros, desvía la atención de los problemas de fondo en la materia y no contribuye al esclarecimiento de las violaciones a los derechos humanos ocurridas en el país.

Su remoción en la testera de la comisión era necesaria, qué duda cabe, para apaciguar los ánimos y comenzar a construir nuevas confianzas. No antagonismos. Los derechos humanos del siglo XXI requieren de todas las voces.